

MÁRTIRES DE OVIEDO: PIEDRAS VIVAS DE UN SEMINARIO Y SEMILLAS DE NUEVAS VOCACIONES

*+ Jesús Sanz Montes, ofm
Arzobispo de Oviedo*

El pasado 9 de marzo de 2019, la Catedral de Oviedo se llenaba de fieles para asistir a un acontecimiento largamente esperado por los cristianos de Asturias. Tantos sacerdotes que acudieron a la concelebración eucarística, siendo ellos seminaristas ya aprendieron a amar y agradecer el supremo testimonio de aquellos nueve jóvenes seminaristas que no llegaron a ser ordenados por encontrar el martirio casi a las puertas de ese sueño sagrado de convertirse en sacerdotes de Cristo para siempre.

La beatificación de estos hermanos ha supuesto una gracia grande para la Diócesis ovetense, pero es un don que Dios mismo hace a toda su santa Iglesia. Estamos agradecidos al Señor, al papa Francisco y a cuantos han colaborado en esta larga trayectoria hasta ver a estos hermanos nuestros subir a los altares como mártires beatos. Antes, mucho antes, subieron al cielo eterno desde donde nos seguirán ayudando y acompañando como verdaderos hermanos nuestros.

En el año 2007 hubo una macro beatificación en Roma de 498 mártires españoles. Entonces dijimos los obispos en nuestro mensaje que “el martirio es el signo más auténtico de la Iglesia de Jesucristo: una Iglesia formada por hombres, frágiles y pecadores, pero que saben dar testimonio de su fe vigorosa y de su amor incondicional a Jesucristo, anteponiéndolo incluso a la propia vida. Dado que los mártires son personas de todos los ámbitos sociales, que han pasado su existencia haciendo el bien y que han sufrido y han muerto renunciando a salvar su vida y perdonando a quienes los maltratan, nos sitúan ante una realidad que supera lo humano y que nos invita a reconocer la fuerza y la gracia de Dios actuando en la debilidad de la historia humana”.

La fe no se profesa sólo con los labios, sino con toda la vida que llega incluso a entregarse como supremo acto de amor. Jesús se atrevió a llamar dichosos a quienes sufren las lágrimas, el hambre, la acechanza... haciendo de su llanto un canto sereno, vistiendo sus penurias de galas inimaginables, saciando sin empacho el corazón, y suscitando en la persecución peregrinos de la eternidad que ya nadie ni nada detendría. Sin duda alguna, estamos ante una revolución de los valores con esta proclama de las bienaventuranzas: lo que paradójicamente llama el Señor dicha y felicidad, el mundo lo denomina infeliz desdicha. ¿Cómo es posible semejante trueque y trastoque? ¿cuál es el secreto por el que una maldita malaventuranza se convierte en bienaventuranza bendita? Son las paradojas de Dios.

¿Cuál fue su presunta fechoría que había que reprimir con tamaño exceso por parte de quien siega la vida? Su ridículo delito en la mente de sus asesinos fue la fe que los mártires abrazaron, su vocación vivida, el testimonio cristiano en todas las vías. No se les encontró en sus hábitos y ropas un carné de partido porque nunca militaron en política, ni armas defensivas quienes eran instrumentos de paz rendida, ni odio en su mirada quienes se asomaban a la vida desde los ojos del Señor, ni siquiera una resistencia legítima que hubiera podido resolver la tragedia con una comprensible huida. Eran sacerdotes,

frailes, monjas, seminaristas y un puñado de seglares. Sencillamente habían encontrado a Dios en sus vidas, escucharon el susurro de su llamada y dijeron un sí grande a lo que en la Iglesia el Señor les proponía.

Los obispos españoles manifestamos también en el mensaje con motivo de la beatificación de 522 mártires en Tarragona en el año de la fe 2013, que “es una ocasión de gracia, de bendición y de paz para la Iglesia y para toda la sociedad. Vemos a los mártires como modelos de fe y, por tanto, de amor y de perdón. Son nuestros intercesores, para que pastores, consagrados y fieles laicos recibamos la luz y la fortaleza necesarias para vivir y anunciar con valentía y humildad el misterio del Evangelio, en el que se revela el designio divino de misericordia y de salvación, así como la verdad de la fraternidad entre los hombres. Ellos han de ayudarnos a profesar con integridad y valor la fe de Cristo. Los mártires murieron perdonando. Por eso, son mártires de Cristo, que en la Cruz perdonó a sus perseguidores. Celebrando su memoria y acogidos a su intercesión, la Iglesia desea ser sembradora de humanidad y reconciliación en una sociedad azotada por la crisis religiosa, moral, social y económica, en la que crecen las tensiones y los enfrentamientos”.

Aquí hablamos de unos ejemplos muy concretos, junto a toda una pléyade innumerable de mártires que han ido sucediéndose a través de los dos mil años de cristianismo en tantos sitios y en tantas épocas. Este grupo de mártires tiene en común el hecho de ser todos ellos seminaristas, que cayeron en dos momentos: seis durante la revolución de Asturias en 1934 y tres con la Guerra Civil ya comenzada, entre 1936 y 1937. La pregunta que tantos se hacen, se hicieron y se seguirán haciendo es qué habían hecho estos jóvenes entre 18 y 25 años para merecer la persecución, el agravio de tantos modos y finalmente la muerte.

1. Los mártires seminaristas en la Revolución de 1934

De los retazos biográficos que se pudieron recoger de los testigos de la primera hora, entre familiares, amigos y compañeros, destaca la enorme sencillez llena de una cotidiana normalidad: estudiantes de filosofía y teología, amantes del deporte popular como era el fútbol o el frontón, integrados en sus familias y en sus vecindarios con una alta calidad humana, con inquietudes literarias, filosóficas, teatrales, sociales. ¿Dónde estaba la maldad que habría que sofocar tan fieramente?

No encontramos más que el odio que nacía de la ignorancia y que, ciego a cualquier evidencia, censor de la verdad verificable, impasible ante una compasión mínimamente humana, se lanzaron como una consigna a eliminar a quienes etiquetaron como culpables de una quimera presuntamente contrarrevolucionaria. Contamos con el largo y minucioso trabajo de la *Positio*, que con tanta diligencia y generosa dedicación ha culminado el P. Fidel González Fernández, catedrático de historia eclesiástica en varias universidades de Roma, y asturiano del concejo de Aller que estuvo en nuestro Seminario Metropolitano hasta su incorporación a la Congregación de los Misioneros Combonianos. Allí se ha documentado en un trabajo de más de 900 páginas este horizonte martirial viniendo a las conclusiones siguientes:

a) En primer lugar, los jóvenes mostraron tener conciencia del peligro de su situación y de que la peligrosidad derivaba de su condición de creyentes y seminaristas. En ningún momento renunciaron a su fidelidad vocacional y eran sabedores del riesgo que estaban corriendo.

El ambiente reinante en grandes sectores de la población asturiana de entonces era hostil a la vida sacerdotal y a la religión. Algunos testigos hacen mención a esa ignorancia

insidiosa e insidiada que movió a la sinrazón en los mineros exaltados desde unas formaciones políticas ensañadamente antieclesiales. Los seminaristas Mariano Suárez Fernández, José María Fernández Martínez, César Gonzalo Zurro Fanjul, y Juan José Castañón Fernández procedían de ambientes mineros y eran conocedores de la situación enrarecida del año 34 en Asturias. Concretamente Mariano Suárez, que sentía interés por temas sociales y conversaba de ellos con socialistas que se reunían en un bar situado debajo de su casa, fue advertido por su padre de la peligrosidad del momento y fue aconsejado por familiares para que, al menos, retrasase su incorporación al curso que comenzaba en setiembre de 1934. No obstante, se mantuvo firme y recordó a su hermano la frase que había escuchado a su abuelo: “El buen artillero debe morir junto al cañón”.

César Gonzalo Zurro, poco antes de regresar al Seminario en el otoño del 34, manifestó a su padre y a otras personas su persuasión de la inminencia del estallido de una revolución. Incluso, días antes, había sufrido en su pueblo (Figaredo) los insultos y golpes de un grupo de mineros exaltados, cuando acompañaba a su párroco hasta el pueblo colindante de Santullano. Y José M^a Fernández Martínez, según el testimonio de un amigo de infancia llamado Gabino, conocía la situación, estaba sumamente preocupado y le daba miedo volver al Seminario. Hasta este sentimiento inevitablemente humano quedaba patente en el perfil que otros nos han dibujado de los seminaristas: sentían miedo, estaban preocupados, eran conscientes de lo que se avecinaba... y, sin embargo, no claudicaron ni en su vocación ni en su fe.

Ángel Cuartas Cristóbal, aunque no procedía de una zona especialmente conflictiva a nivel social y político, también conocía y había experimentado la animosidad contra la religión a raíz de la instauración de la República en 1931, según confiesa un amigo de la infancia, Benito Vitorero. A pesar de ello, no quiso dejar el Seminario ni siquiera cuando, a comienzos del otoño del 34, su hermana Elvira, hospitalizada en Oviedo, le advirtió de la inminencia de una revolución.

Ya refugiados en el sótano de una casa cercana al Seminario, los seminaristas se plantearon la cuestión del martirio y mostraron su disposición a ser mártires, aunque dudaran de merecer tal título. La explicación de Juan Castañón parece que les clarificó la cuestión en el sentido de que serían mártires si eran fusilados, pues lo eran por su fe. La propuesta de Gonzalo Zurro Fanjul, aceptada por todos, de dar vivas a Cristo Rey y a España católica, si eran fusilados, es otra muestra de su conciencia del peligro a que estaban expuestos, así como de su disposición a morir por su fe.

En todo momento y a sabiendas del peligro que corrían, se mantuvieron firmes en la fe y la esperanza: rezaron el rosario, hicieron diversos ofrecimientos, recibieron la absolución, algunos se confesaron pensando que aquél sería su último día, se despedían hasta la otra vida momentos antes de salir del refugio. Mantuvieron hasta el fin la voluntad positiva de sufrir por fidelidad a la fe, incluso hasta la muerte. César Gonzalo Zurro, al ver que iban a disparar sobre ellos, gritó la consigna convenida: “¡Viva Cristo Rey! ¡Viva España Católica!”. Y uno de ellos, no se sabe cuál, herido ya, dijo a su verdugo inmediatamente antes de ser rematado: “Aunque me mates el cuerpo, el alma resucitará. ¡Viva Cristo Rey!”

b) En segundo lugar, el motivo por el que los revolucionarios mataron a los seminaristas fue la animadversión a la religión. Examinadas las expresiones de los revolucionarios y las circunstancias de los acontecimientos, se colige que la actitud de los perseguidores era de franca hostilidad a la fe: sin haber participado los moradores del Seminario (que estaba ubicado en el Convento de Santo Domingo) en ningún enfrentamiento con los revolucionarios, éstos, en cuanto entraron en Oviedo, dispararon

contra el edificio, dispuestos a tomarlo. Una multitud de mujeres, viendo pasar detenidos a los seminaristas, puestos en fila y con las manos en alto, pedían su muerte.

El motivo último de la detención y fusilamiento no era otro que el hecho de ser curas o seminaristas. Los revolucionarios sabían quiénes eran: algunos seminaristas llevaban la coronilla de la tonsura; al menos alguno de los perseguidores había reconocido a Mariano y testigos oculares les oyeron comentar que se trataba de curas. Interrogado el seminarista superviviente, José González García, sobre si eran ellos los que disparaban, habiendo contestado que no, uno de los revolucionarios respondió: “Es igual, son curas y basta”.

Hay un dato ya mencionado que es preciso tener en cuenta y que entraña una dificultad para mantener que el motivo que impulsó a los revolucionarios a darles muerte fue religioso: la acusación contra los seminaristas de que eran ellos quienes disparaban (“Eran ellos los que tiraban”) desde el edificio del Seminario. Esta frase pudiera inducir a pensar que el motivo del fusilamiento fue “político-militar”. La dificultad pierde fuerza si se examinan las circunstancias de la detención y el desarrollo posterior de los hechos. La frase parece ser una justificación o excusa de los revolucionarios ante su descabellada actuación más que el motivo real que los indujo a comportarse de tal modo con los seminaristas indefensos. Ciertamente la pasión política estuvo presente en aquellos hechos, pero no puede ponerse en duda con fundamento la animadversión religiosa de los revolucionarios de 1934 en Asturias.

2. Los mártires seminaristas en la Guerra Civil (1936-1937)

En cuanto a los tres Siervos de Dios muertos en 1936 y 1937, durante la Guerra Civil Española, Manuel Olay Colunga, Sixto Alonso Hevia y Luis Prado García, tampoco hay duda de que sufrieron una muerte violenta. La Postulación aporta datos moral y suficientemente claros para poder afirmar su carácter martirial por lo que se darán explicaciones razonables documentadas a posibles perplejidades, en línea también con otros casos semejantes en la historia de esta persecución y que han sido resueltas positivamente llegando a la beatificación. En el caso nuestro de estos tres seminaristas, en la documentación recogida minuciosamente para el trabajo de la *Positio*, se puntualiza respondiendo a posibles objeciones y explicando sea el contexto de su detención y condena a trabajos forzados, y los motivos formales sea de su condena como de su asesinato “pro odium fidei”.

A modo de ejemplo, podemos hablar del caso de Sixto Alonso Hevia y lo que aporta el “Informe de la Comisión histórica”: «Sixto fue detenido, junto con su padre, al parecer, él por ser seminarista y su padre por ser católico. La motivación religiosa del apresamiento parece clara. En plena guerra fue llamado con su quinta al frente. Estando de permiso manifestó, según cuenta su hermana Luisa, sus temores por la presencia en la misma compañía de un tal Nazareno, un vecino con el que había tenido un altercado en los primeros tiempos de su detención, y por los insultos de sus compañeros a quienes -sospechaba Sixto- Nazareno había indicado su condición de seminarista. Sus temores se vieron cumplidos. Murió apuñalado el 27 de mayo de 1937».



En el caso de Luis Prado García el “Informe de la Comisión histórica” escribe: «Aunque se hallaba en Valdediós cuando tuvieron lugar los luctuosos acontecimientos de la revolución del 34, conoció lo sucedido en el Seminario de Oviedo y, según testimonio de su hermana M^a Paz, manifestó admiración por los seminaristas fusilados y su deseo de ser mártir. Aunque no consta expresamente, se presume que la detención se debió a motivos religiosos. Hacía poco que se había licenciado del servicio militar, cuando estalló la guerra. Al principio de ésta hizo vida normal en su casa, hasta que le llegaron confidencias de que iba a ser apresado. Escondido en casa de una familia de izquierdas de la Carriona [pueblo no lejos de su domicilio], fue denunciado y detenido en septiembre del 36. El médico encargado de certificar la defunción de los fusilados en Gijón, informó a la familia que había recibido once disparos y que ante las órdenes de sus verdugos de que dijera algo, por tres veces exclamó “¡Viva Cristo!”. Aun cuando no tenemos noticia completa de los términos de la discusión entre los perseguidores y la víctima, por el testimonio de fe de ésta y el contexto de la detención, se puede sostener fundadamente que el motivo de su muerte fue religioso».

Por todo ello, y según la misma Relación de la Comisión Histórica refiriéndose a los tres casos de los Siervos de Dios martirizados durante la Guerra Civil: «Dado el contexto general de la situación social y política de la época no cabe otra explicación de la causa de sus muertes que su condición de seminaristas y de pertenencia a la Iglesia. Por lo tanto, a nosotros nos consta moralmente la condición martirial de estos tres seminaristas muertos durante la guerra civil española».

3. El contexto de estos nueve martirios

Respecto del caso de las víctimas de octubre de 1934: cuando estalla la revolución armada del mundo marxista asturiano, incubada desde hacía meses, reina en toda Asturias, un odio pertinaz a todo lo religioso. En pocos días de dominio, las devastaciones, detenciones y los asesinatos se repiten sin cesar. También sacerdotes, seminaristas y religiosos/as sufren varios registros; y en medio de una creciente confusión, algunos logran escapar; se refugian donde pueden y algunos de ellos serán casi de inmediato asesinados.

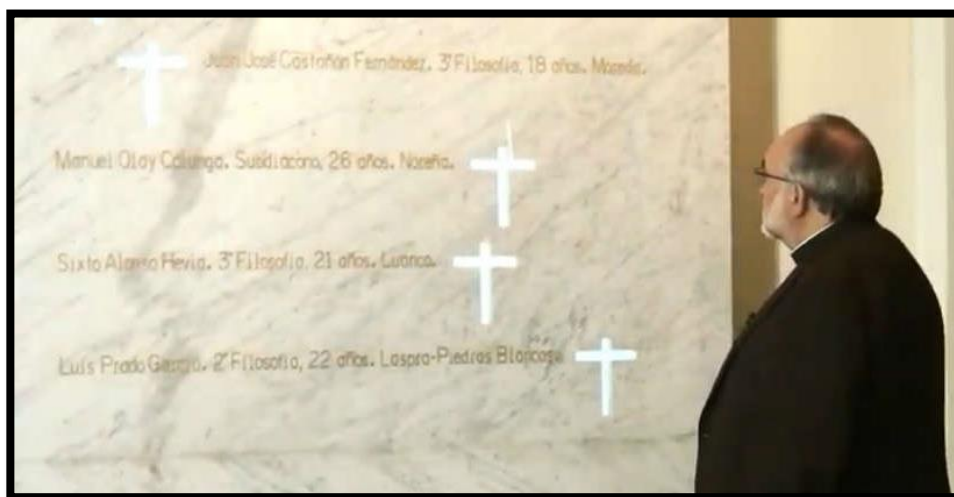
Por otra parte, a finales de julio de 1936, cuando estalla la revolución armada en todo el país, con una España dividida en dos bandos (llamados ya entonces de “rojos” y “nacionales”), reina en el primero, y en Asturias con renovado encono, un odio pertinaz a todo lo religioso. Comunidades religiosas, edificios religiosos, casas parroquiales, etc... sufren registros; el gobierno asturiano revolucionario detiene en cárceles (llamadas “checas”), creadas a propósito, con frecuencia en iglesias, a cuantos sospecha de ser “contrarrevolucionarios”, y en esta categoría incluye a sacerdotes, religiosos/as y seminaristas, sacándoles durante la noche para ser fusilados; a algunos los encierran en un barco prisión en la costa frente a Gijón (el “Luis Caso de los Cobos”); a otros los mandan a batallones “de castigo” a los frentes de guerra. Las víctimas de aquellos azarosos momentos entre sacerdotes, religiosos y seminaristas de la Diócesis de Oviedo, son 191.

Por eso ha de decirse que el tono de nuestra memoria hecha recuerdo y oración, conmovidos por tan supremo testimonio de quienes creyeron con fe hasta el extremo de dar la vida, se torna en testimonio también de amor al morir perdonando a quienes les arrancaban absurdamente la vida. Se podrán escribir panfletos, rodar películas, vociferar en tertulias y dictar leyes que reabren las heridas, pero todo eso caduca con el implacable paso de los días cuando lo que se dice, se escribe o se filma no hace las cuentas con la verdad. Al final sólo quedan los nombres laureados con la corona de la santidad y la

palma del martirio de estos hermanos y hermanas nuestros. Con dulzura, sin acritud, sin revancha, ellos han escrito con su sangre la página impresionante de una humanidad nueva y redimida en aquel primer mártir cristiano que dio su vida en la cruz.

Hoy los martirios siguen existiendo en tantas partes del mundo, en donde los cristianos siguen siendo perseguidos, torturados y asesinados. Un verdadero cristiano siempre será un peligro para quienes no aman la libertad, la justicia, la paz o sencillamente la vida. Pero hay también otros martirios que se infligen de modo incruento cuando se banaliza, se cercena, se censura o se penaliza el poder vivir nuestra fe, nuestra caridad y nuestra esperanza. La cruz o el paredón pueden tener tantas formas, aunque respondan siempre a una persecución de Cristo y de los cristianos. Nuestra respuesta no puede ser otra distinta a la del Señor y a la de sus mártires que hoy recordamos.

Toda historia, independientemente de su belleza bondadosa o de su maléfica fiereza, tiene siempre un contexto que la enmarca en las dos coordenadas de cualquier suceso biográfico: un espacio y un tiempo donde acontece. Cuando hablamos del martirio cristiano no lo hacemos de modo abstracto, sino poniendo la fecha de ese tiempo y el domicilio de ese espacio en donde la tragedia de un asesinato vil y el testimonio santo de un cristiano han tenido lugar al mismo tiempo.



4. Cuando el altar es la entrega de la vida

Estos han sido los nueve testimonios ejemplarmente cristianos que nos han dado estos seminaristas. Tenían entorno a veinte años. Querían ser sacerdotes, pero Dios eligió para ellos el altar del más alto sacrificio para una misa que no acaba: dar la propia vida como testimonio de amor hacia Quien dio la vida por ellos. En la entrega más conmovedora, aquellos jóvenes se encontraron con la persecución violenta que terminó con su carrera hacia el sacerdocio deseado como respuesta a la vocación recibida. No son un tipo de víctimas que sucumben por el odio a la raza o la cultura, la clase social o la afiliación política. Son personas que dan la vida pudiéndose quedar con ella, en un gesto de suprema libertad con santo heroísmo, sólo posible por la gracia de Dios.

No lo entenderán quienes van por caminos que Dios no frecuenta, quienes calculan la crispación y usan de la mentira, quienes malmeten, calumnian e insidían, los camaradas de la oscuridad tenebrosa que no aman ni la luz ni la vida. La historia cristiana de España relata una historia paradójica en la carne de sus mártires: la bienaventuranza de la vida que sobrevive a la muerte maldita en aquellos cristianos matados por el odio a

la fe entre los años 1934-1939. Fueron víctimas de la terrible confusión, la persecución enloquecida, la represión que en nombre de la libertad se trocó en liberticida.

Su beatificación no refiere el escarnio que sufrieron antes de morir, ni se quiere reconstruir aquel terrible escenario, ni siquiera se pronuncia el nombre de los verdugos, sus enseñas y sus siglas. Nada de eso constituye la memoria histórica de la Iglesia. Nuestro recuerdo es mucho más subversivo, por no nacer del resentimiento ni pretender reescribir la historia reabriendo heridas. No esgrime la provocación, sino hacer nuestras la gratitud y reconciliación que en estos mártires aprendemos: que en el paredón del odio no salió queja alguna de ellos; murieron amando a Dios testimoniando su belleza, y como hizo el Maestro, mirando a quienes no sabían lo que hacían, imploraban a Dios para ellos el perdón y la clemencia.

Para la Diócesis de Oviedo, así como para toda la Iglesia española, es una llamada a despertar nuestra fe quizás aletargada en una cómoda mediocridad. La memoria de estos mártires nos recuerda que en Asturias (y no sólo aquí) ha habido hermanos nuestros que pagaron con su vida su condición de cristianos. Es motivo de conmovida gratitud y de emocionado homenaje eclesial. Para dar gracias por el inmenso testimonio creyente de quienes tanto amaron a Dios que supieron entregar su vida perdonando a quienes de ese modo se la arrebataban. Por eso, en medio de tantos callejones sin salida, de tantos absurdos y heridas, aparecen estos hermanos nuestros que son como una ciudad sobre el monte, el testimonio elocuente del verdadero amor, y en el candelero de nuestro tiempo la luz más encendida, porque murieron perdonando y cambiaron la muerte en vida, haciendo de la negra noche el más luminoso día.

Descansan en paz desde entonces. Los mártires cristianos han entrado en la vida. Así entraron nuestros nueve mártires seminaristas. Desde esa vida nos contemplan. Que todos ellos intercedan por nosotros, y que las personas más zarandeadas por la dureza de la vida y la perfidia de la muerte, puedan encontrar en estos nuevos beatos el consuelo, la fortaleza y la compañía. Que intercedan por sus familias y nuestro pueblo, por nuestros sacerdotes y de modo especial por nuestro seminario actual. Les encomiendo esta intención particular: el fortalecimiento de las vocaciones ya recibidas, y la acogida de las vocaciones nuevas que vendrán para ocupar los nueve sitios que ellos dejaron vacíos en nuestro seminario. Que la Reina de los mártires, nuestra Santina, nos cubra con su manto y junto a todos ellos nos acompañe hasta la otra orilla.

